

mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dijo del *cernido* ni del *aecho* de Dulcinea; que, pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. Á buen seguro, que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene, á veces, unas simplicidades tan agudas, que, el pensar si es simple ó agudo, causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad; y así, estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que, atusándole tantico el entendimiento, se saldria con cualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas; y mas que ya, por muchas experiencias, sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está, en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quién les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros, y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo, que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo, para utilidad de Sancho y provecho de la insula que gobernaré." Á este punto llegaban de su coloquio, el duque, la duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó, por mejor decir, pícaros de cocina, y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que, en la color y poca limpieza, mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérsela lavar. "¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa; ¿qué es esto? ¿qué quereis á ese buen hombre? ¡Cómo! y ¿no considerais que está electo gobernador?" Á lo que respondió el pícaro barbero: "No quiere este señor dejarse lavar, como es usanza, y como se lavó el duque mi señor, y el señor su amo.—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querria que fuese con toallas mas limpias, con lejía mas clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes,

tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras, mas parecen burlas que gasajos de huéspedes." Percida de risa estaba la duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así, haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla: "¡Hola, señores caballeros! vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas." Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: "¡No, sino lléguese á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche! Traigan aquí un peine, ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas; y, si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces." Á esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa: "Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio; y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto mas, que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro, y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo, y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros." Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venia con ellos, que la duquesa hablaba de veras; y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos, confusos y casi corridos, se fueron, y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: "De grandes señoras, grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy; Sancho Panza me llamo; casado soy; hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra señoría en mandar.—Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias,

como vos decís: ¡bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno." Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la duquesa pidió á Sancho que, si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde, con ella y con sus doncellas, en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que, por servir á su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendria obediente á su mandato; y fuése. El duque dió nuevas órdenes cómo se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta; sino que, por cumplir su palabra, vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual, con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto á sí, en una silla baja; aunque Sancho, de puro bien criado, no queria sentarse; pero la duquesa le dijo, que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que, por entrambas cosas, merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros; obedeció, y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la duquesa fué la que habló primero, diciendo: "Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que, pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria, en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?" Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles; y luego, esto hecho, se volvió á sentar, y dijo: "Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto